

Miguel León-Portilla

Los manifiestos en náhuatl de Emiliano Zapata

Segunda edición

Cuernavaca

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Gobierno del Estado de Morelos
Coordinación General de Comunicación Social

1996

154 p.

Ilustraciones

(Cultura Náhuatl. Monografías, 20)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/manifiestos_zapata/081a.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



2. ZAPATA ANTE LOS INDIOS: LA EXPEDICIÓN DE LOS MANIFIESTOS EN NÁHUATL

Varían las opiniones acerca de la actitud que mantuvo Zapata ante personas y comunidades indígenas. Una apreciación extrema, difundida en ciertos ambientes, desde los días de la Revolución, concebía a la lucha encabezada por Zapata cual si fuera un movimiento de insurgencia indígena: chusmas de indios incendiarios, sedientos de venganza contra sus patrones, capitaneados por un campesino prometedor de tierras, tan iluso como agresivo.

Entre quienes veían en el zapatismo una insurgencia de tipo indigenista se hallaban ricos hacendados, aristócratas capitalinos, “científicos” del porfirismo y unos pocos periodistas. En publicaciones, discursos y charlas se describía a Zapata como un “Atila del sur”, un Gengis Kan, tan peligroso cuanto primitiva era la cultura de sus hordas. Un ejemplo de esta apreciación lo tenemos en uno de los discursos parlamentarios de José María Lozano. Entresaco sólo algunas de sus expresiones:

... Tras la aparente calma de Emiliano Zapata, el Atila se sublevó. . . es el libertador del esclavo, es el prometedor de riquezas para todos; ya no está aislado, ha hecho escuela, tiene innumerables prosélitos... con el señuelo de promesas anárquicas, ha ofrecido reparto de tierras y la prédica ya empieza a dar sus frutos: los indios se han rebelado. . .¹

Opinión que se sitúa en el extremo opuesto es la de quienes —tal vez por tener la idea de que los indios son seres que seguramente viven aislados al modo de las reservaciones o en las selvas— no perciben presencia alguna significativa de rasgos indígenas en el movimiento zapatista. El historiador norteamericano John Womack,

1 Expresiones de José María Lozano en el discurso que pronunció el 25 de octubre de 1911 en la Cámara de Diputados. El texto del discurso completo lo reproduce Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, t. II, México, edición de la Secretaría de Prensa y Propaganda del Partido Nacional Revolucionario, 1937, p. 30 y 32-33.

autor de la bien conocida y valiosa obra, *Zapata y la Revolución Mexicana*, parece participar en este punto de vista. Según él, hubo sólo una ocasión —precisamente cuando Zapata hizo circular los manifiestos en náhuatl— en que podía decirse, y eso entre comillas, que Emiliano actuó en un episodio de tono indígena. He aquí lo expresado por Womack:

...en el único episodio “indio” de toda la revolución zapatista, los secretarios redactaron manifiestos en náhuatl para distribuirlos por los pueblos de Tlaxcala y Puebla, en los que se felicitaba a los jefes locales por su desafío a Carranza y se les invitaba a renovar sus lazos de fidelidad a Zapata.²

De esta cita de Womack diré sólo que las palabras que he subrayado, aunque figuran en el texto original inglés [...in the one ‘Indian’ episode of the whole Zapatista revolution],³ extrañamente fueron suprimidas en la versión de la obra al castellano. Si esto último queda sin explicación, parece, en cambio, comprensible que, pues Womack pensó que sólo hubo “un único episodio ‘indio’ en toda la revolución zapatista”, poco se interesara por los manifiestos en náhuatl. A no ser que, precisamente por su creencia de que fue ése el único episodio indígena en el que se vio Zapata, ello mismo debiera haber atraído, en mayor grado, su atención.

Indígenas y mestizos en el centro del país

Hagamos aquí una reflexión sobre algo que es o debería ser bastante conocido. En buena parte de México, sobre todo en muchos lugares de la región central del país, la presencia de lo indígena se deja sentir de múltiples formas. Perviven rasgos de las antiguas culturas: tradiciones, hábitos alimenticios, sentido de pertenecer a la comunidad nativa, lengua aborigen y otros. Pero en no pocas de esas comunidades, desde hace ya mucho tiempo, son igualmente notorios el intercambio y la fusión de elementos, la recíproca y constante influencia entre lo indígena y lo que es ya mestizo.

2 John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, traducción de Francisco González Aramburu, México, Siglo XXI Editores, 1969, p. 298.

3 John Womack Jr., *Zapata and the Mexican Revolution*, New York, Vintage Books, 1970, p. 302.

Procesos de aculturación, a lo largo de más de cuatro siglos y medio, en poblaciones como muchas de los estados de Morelos, Tlaxcala, Puebla, México, Michoacán y otros, han provocado la formación de una especie de continuo cultural, con enormes variantes pero sin fisura propiamente dicha.

La presencia indígena es para los otros campesinos (principalmente los mestizos), evidente, y no la consideran extraña ni alejada. Los campesinos mestizos en cierto modo se sienten también en parte indígenas. Ha habido y sigue habiendo muchas veces actitudes antagónicas, desprecios y vejaciones con respecto a los que son tenidos como “más indios”. Ello no obsta a que sean permanentes los contactos. Realidades a veces nuevas, como el paso de una carretera, la apertura de escuelas y centros sanitarios, la instalación de una fábrica en el lugar, vienen a ser factores que transforman, convierten en *más mestizo culturalmente*, al antes tenido como “pueblo de indios”.

Ahora bien, hace cerca de sesenta años el incremento de ese mestizaje cultural tenía un ritmo mucho menos acelerado. Lo indígena, por consiguiente, pervivía con mayor fuerza en estados y regiones como las ya mencionadas del centro de México. En tal sentido -no desde luego como si fuera un supuesto caudillo de un ejército de indios que se habían rebelado- Emiliano Zapata tuvo siempre que ver con comunidades de indígenas y asimismo de mestizos. Con los integrantes de unas y otras se comunicaba en innumerables ocasiones. Por igual se interesaba en sus problemas.

Iniciado ya su movimiento, entre sus hombres tuvo hablante de la lengua de Castilla y también del náhuatl, el idioma de los antiguos mexicanos. ¿Era capaz de expresarse Zapata en este último? Recordemos que, sobre todo hace sesenta años, en pueblos de Morelos, Puebla, Tlaxcala y otros estados, había incluso administradores de haciendas, de más visible o cercana extracción europea, que chapurreaban el náhuatl.

¿Hablaban Zapata el náhuatl?

Lo que en relación con esto asienta Womack merece aquí atención, a la luz de nuestro tema: lo indígena en el movimiento zapatista. El historiador norteamericano, que considera que Zapata

sólo se vio en un “único episodio indio”, es consecuente con lo que ha expresado y sostiene que Zapata desconocía la lengua náhuatl y, en apoyo, aduce un hecho mencionado ya por Sotelo Inclán. Cuando, en 1909, quiso Emiliano enterarse a fondo de la documentación en que se fundaban los derechos que, en materia de tierras, poseía Anenecuilco, se encontró con la copia de un antiguo mapa, con jeroglíficos y nombres de lugar en náhuatl. Según Sotelo Inclán, Zapata tuvo que obtener la ayuda del cura párroco de Tetelcingo, oriundo de Tepoztlán.⁴ De tal hecho infiere Womack, no sólo que Zapata no era experto en documentos antiguos, sino también que no conocía el náhuatl “en lo más mínimo”.⁵

Un testimonio, que milita en sentido opuesto, lo ofrece, en cambio, el texto, dictado precisamente en náhuatl, por doña Luz Jiménez, nacida en el pueblo de Milpa Alta hacia 1895 y fallecida en la ciudad de México en 1965. Se preciaba ella de haber oído hablar varias veces a Zapata. Entre otras muchas cosas nos dice:

Lo primero que supimos de la revolución fue que un día llegó un gran señor Zapata, de Morelos. Y se distinguía por su buen traje. Traía sombrero ancho y fue el primer gran hombre que nos habló en mexicano. Cuando entró, toda su gente traía ropa blanca, camisa blanca, calzón blanco y huaraches. Todos estos hombres hablaban el mexicano, casi igual que nosotros. También el señor Zapata hablaba el mexicano. Cuando todos estos hombres entraron a Milpa Alta, se entendía lo que decían...⁶

Espontáneo parece este recuerdo acerca de “quien se distinguía por su buen traje y su sombrero ancho”, el jefe o *tlatohuani* Zapata, de quien, dos veces, se nos dice que hablaba el mexicano. El recuerdo de su gente hizo decir a doña Luz Jiménez que se valían ellos también de igual idioma

Womack que, tras haber sostenido, con base en el asunto del mapa antiguo de Anenecuilco, que el náhuatl era idioma que Zapata “no conocía en lo más mínimo”, cita una tesis profesional de la

4 Sotelo Inclán, *op. cit.*, p. 498.

5 Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, p. 69 n.

6 Fernando Horcasitas, editor, *De Porfirio Díaz a Zapata. Memoria náhuatl de Milpa Alta, textos de doña Luz Jiménez*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1974, p. 105.

señorita Elizabeth Holt Buttner: *Evolución de las localidades en el estado de Morelos, según los censos de población 1900-1950* (México, 1962), para afirmar, en relación con la vigencia de la lengua nativa en el estado de Morelos, lo siguiente:

Hablaba náhuatl, el idioma indígena regional, tan sólo alrededor del 9.29% de la población total de Morelos en 1910. Estaban concentrados en seis pueblos: Xoxocotla, Chalcotzingo (sic en vez de Chalcatzingo), Tepalcingo, Amilcingo, Tetelcingo y Tepoztlán.⁷

Extraño suena oír que los indígenas hablantes de náhuatl en Morelos “estaban concentrados en seis pueblos” (!). No muchos años antes, a fines del xix, Antonio Peñafiel reunió y publicó en su colección de vocabularios del náhuatl, recopilaciones que dan fe de la presencia de personas que conocían dicha lengua en los siguientes distritos de Morelos: Distrito de Cuernavaca: municipio del mismo nombre, municipios de Tepoztlán y de Xochitepec; Distrito de Yau-tepec, municipios de Tlayacapan y Tlalnepantla; Distrito de Tetecala, municipios de Miacatlán y Puente de Ixtla; Distrito de Morelos, municipios de Cuautla, Ocuituco y Yecapixtla. Distrito de Jonacatepec, municipios de Zacualpan, Tetetilla y Tepalcingo; Distrito de Juárez, municipios de Jojutla y Tlaltizapán.⁸

Veinte son los vocabularios del náhuatl de Morelos que, como muestra de la situación prevalente, sacó a luz Peñafiel en 1897. Del total de municipalidades entonces existentes en la jurisdicción de los seis distritos del estado, muy pocas fueron aquellas de las que no se incluyeron vocabularios en náhuatl. Tales excepciones se reducen a los casos de los municipios de Totolapan, Jiutepec, Tetecala, Mazatepec, Amacuzac y Coatlán del Río y desde luego no denotan necesariamente ausencia de hablantes de náhuatl sino falta de información.

Dando ahora una especie de salto, recordaré cuál era la situación lingüística, desde luego español y náhuatl, en Morelos veintiún años después de la muerte de Zapata. Atenderé a los datos derivados del

⁷ Womack, *op. cit.*, p. 69 n.

⁸ Antonio Peñafiel, editor, *Vocabulario gramático de la lengua náhuatl o azteca*, Colección formada por el doctor Antonio Peñafiel, México, 1897, p. 337-436. En los ejemplares que conozco de esta obra, bastante rara, la portada aparece, escrita a máquina, con el título antes citado.

censo de 1940 porque me parecen recogidos dentro de un esquema más atinado. En el censo de 1921, por ejemplo, se incluían cifras en función de una poco fiable distribución en razas. Se decía, así, que en Morelos, de una población total de 103,440 individuos, eran indígenas 36,131; mestizos 63,344; blancos 3,715 y de “otras razas” 250 personas más.

De acuerdo con el censo de 1940, no existía un solo municipio en el que no continuara habiendo hablantes de náhuatl. Sobresalían los de Tetela del Volcán con hablantes nahuas que constituyeran un 59.48% de la población total del municipio; el de Tepoztlán, 58.18%; el de Tlalnepantla, 55.97%; el de Puente de Ixtla, 33.52%; el de Axochiapan, 28.49%; el de Totolapan, 24.25%; el de Tlayacapan, 22.55%; el de Zacualpan, 17.30% y el de Xochitepec, 12.45%.⁹

Que marchara con Zapata un cierto número —quizás más grande de lo que hoy cabe imaginar— de hablantes de náhuatl, sobre todo de bilingües, es del todo cierto. Por supuesto que esos hablantes no eran, en su inmensa mayoría, conocedores de sutilezas propias del idioma mexicano clásico ni con frecuencia alfabetas ni tampoco capaces de interpretar jeroglíficos y anotaciones en mapas antiguos.

Los indios y el zapatismo

Un testimonio, indirecto por cierto, citaré acerca de la presencia más claramente indígena, desde los orígenes del zapatismo. Lo tomo

9 “Densidad de la población de habla indígena en la República Mexicana.” (Por entidades federativas y municipios, conforme al censo de 1940), prólogo de Alfonso Caso e introducción de Manuel Germán Parra, *Memorias del Instituto Nacional Indigenista*, v. I, núm. I. México, 1950, p. 56.

He citado el censo de 1940 porque en él se puntualiza de modo más preciso la información acerca de hablantes monolingües y bilingües de idioma indígena en todos los municipios de los varios estados de la federación. De acuerdo con dicho censo, levantado veintiún años después de la muerte de Zapata, es decir, cuando se había incrementado la pérdida del idioma indígena, en Morelos hablaba náhuatl el 10.13% de la población total.

El censo de 1910, pobre en información, no da cifras sobre hablantes de idioma indígena. El de 1921 consigna que en Morelos el 13.35% hablaba náhuatl (*Censo general de habitantes. 30 de noviembre de 1921, estado de Morelos*, Departamento de Estadística Nacional, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1926, p. 21). El de 1930 registra que el 14.26% de los morelenses eran hablantes de idioma indígena.

(*Quinto Censo de Población*, 15 de mayo de 1930, estado de Morelos, México, Secretaría de la Economía Nacional, Dirección General de Estadística, s/f, p. 53-54.)

de la obra del general Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*. Transcribe él allí el informe que presentó Manuel Calero ante los diputados, el 27 de octubre de 1911, en nombre del presidente interino León de la Barra. Dijo Calero:

...Por lo que toca a las bandas zapatistas que han salido fuera del estado [de Morelos] expulsadas por la acción de la campaña... debo decir que, según lo expresé ayer el subsecretario de guerra, su composición y carácter es muy variable, por la lamentable cooperación que les prestan las poblaciones indígenas, en forma igual a lo observado en Morelos...¹⁰

Una descripción de la entrada de los zapatistas en la ciudad de México, el 24 de noviembre de 1914, proporcionada por un testigo presencial, Francisco Ramírez Plancarte, en su obra *La ciudad de México durante la Revolución Constitucionalista*, nos confirma que, a tres años de distancia de lo que dicho por Manuel Calero, la situación seguía siendo semejante. En esa tropa:

...no se reflejaba la satisfacción y el orgullo propios del vencedor... lejos de eso, manifestaban en sus terrosos, tristes y fatigados semblantes de parias, de eternos oprimidos y explotados, humildad y resignación. Tal parecía que no eran ellos los incansables batalladores que habían puesto muchas veces en jaque a los “pelones” y a “los carrancianes”, [soldados carrancistas], disputándoles palmo a palmo, denodada y heroicamente el territorio suriano...

Con sus caras tostadas por el sol y curtidas por las inclemencias del tiempo, con los rasgos propios de las razas aborígenes; contados eran los barbados, aunque todos estaban greñudos y mugrientos... Muchos hablaban en idioma mexicano u otros dialectos, pero ya muy impuros y la mayoría en un pésimo castellano...¹¹

Como en el caso de las gentes de diversas regiones del centro de México, en particular de Tlaxcala, Puebla, estado de México, sur del Distrito Federal y porciones de Guerrero, Hidalgo y Veracruz, puede decirse que se trataba de personas cuya cultura mantenía

10 Discurso del Secretario de Relaciones Exteriores, Manuel Calero, 27 de octubre de 1911, en la Cámara de Diputados, transcrito por Gildardo Magaña, *op. cit.*, p. 45.

11 Francisco Ramírez Plancarte, *La ciudad de México durante la Revolución Constitucionalista*, México, 1940.

visibles rasgos de procedencia indígena y que, a la vez, en otros aspectos, se asemejaban al campesinado de los que podrían describirse como mestizos. Entre esas gentes, aún ahora, pero mucho más hace sesenta años, no eran raros los hablantes de náhuatl. Esta lengua se empleaba sobre todo en el hogar y en los *tianguis* o mercados. Como ya se dijo, había también administradores de hacienda, caballerangos, comerciantes, maestros y sacerdotes, que conocían algo de lo que -a veces despectivamente- se mencionaba como “el dialecto”.

A la luz de esto, ¿será ingenuo aceptar un testimonio como el de doña Luz Jiménez, “Zapata fue el primer gran hombre que nos habló en mexicano”? ¿O parecerá más verosímil admitir que era ése un idioma que no conocía él “en lo más mínimo”?

Zapata, independientemente de que hablara o no el náhuatl, al luchar por los derechos agrarios -lo repetiré una vez más- abarcó en su movimiento a la gente del campo, mestiza e indígena. Incluso entre sus jefes y oficiales, al lado de mestizos y de otros de origen más aparentemente europeo, destacaron también los de extracción nativa. Por todo esto, tan falso sería pretender que el zapatismo haya sido un movimiento indigenista, como negar que lo indígena haya estado muy presente en la empresa de Emiliano. Citaré, para ejemplificar esto último con una anécdota, un recuerdo de Soto y Gama:

...Alguien preguntó a una humildísima indígena de la Sierra de los Volcanes, a una anciana, qué pensaba del general Zapata. Y la abuela indígena contestó... “¿Qué quiere usted que le digamos nosotros, pobres indios montañeros, que andamos pegados a la cola del caballo del jefe Zapata...”¹²

Como hombre de campo, morelense, nacido en un pueblo pequeño, Emiliano sabía de las desgracias, carencias, timideces, resentimientos y gran finura, tan frecuentes en la gente de cultura indígena. A testimonios, como el recogido por Soto y Gama o el de doña Luz Jiménez, acerca del gran jefe, podrían sumarse otros muchos, entre ellos el de este corrido sobre la muerte de Zapata:

12 Esta anécdota la incluye en su obra Baltazar Dromundo, *Vida de Emiliano Zapata*, México, 1961, p. 253.

El buen Emiliano, que amaba a los pobres,
quiso darles libertad,
por eso los indios de todos los pueblos
con él fueron a luchar.

De Cuauhtla hasta Amecameca, Matamoros y el Ajusco,
con los pelones de el viejo don Porfirio se dio gusto.
¡Trinitaria de los campos, de las vegas de Morelos,
si preguntan por Zapata, di que ya se fue a los cielos!
Le dijo Zapata a don Pancho Madero,
cuando era ya gobernante:
-Si nos das las tierras, verás a los indios
de nuevo entrar al combate...¹³

Los manifiestos a la División Arenas y los pueblos tlaxcaltecas

Tiempo es ya de poner todo esto en relación con el asunto de los manifiestos en náhuatl dirigidos a los tlaxcaltecas de la “División Arenas” y a quienes vivían en su zona de operaciones. Al hacer, más arriba, recordación de otros antecedentes, para dar el contexto histórico de los manifiestos, aduje varios testimonios sobre la muerte de Domingo Arenas. Quedó allí en claro que la desaparición de ese jefe agrarista no marcó la disolución de las que habían sido sus fuerzas. Estuvieron éstas entonces al mando de su hermano, el también general Cirilo Arenas. Según vimos en el capítulo anterior, la misión que a éste se encomendó, limpiar su zona de zapatistas, encajaba en sus personales propósitos de vengar la muerte de Domingo. Por otra parte —con una sinceridad defendida por unos y puesta en duda por otros— Cirilo Arenas continuó enarbolando la bandera del agrarismo. Esto último lo hizo incluso consentir en la realización de repartos de tierras al margen de las leyes vigentes.

En su obra, *La revolución en el estado de Tlaxcala*, Crisanto Cuéllar Abaroa cita varios documentos tocantes a la situación que reinaba en Tlaxcala a principios del año que siguió al de la muerte de Domingo Arenas. Gobernaba en ese estado, desde el 1º de octubre de 1917, con carácter provisional, el general Luis M. Hernández.

13 “De la muerte de Emiliano Zapata” (Bola Suriana), texto de Armando Lizt Arzubide, transcrito por Vicente T. Mendoza, *Lírica narrativa de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1964, p. 113-116

Su gestión administrativa no era particularmente fácil. Entre otras cosas tenía que lograr la total pacificación en el territorio bajo su jurisdicción, así como resolver otros muchos problemas, ajustándose ya plenamente a lo dispuesto por la Constitución promulgada el 5 de febrero de 1917. Motivos de grande preocupación le daban el comportamiento del general Máximo Rojas, que había sido antes gobernador y que aspiraba nuevamente a la primera magistratura de su estado y, asimismo, la actuación de Cirilo Arenas.

Aunque éste seguía teniendo su cuartel general en San Martín Texmelucan, Puebla, operaba principalmente en la región de los volcanes y tenía de hecho bajo su control a buena parte de su estado natal. Cirilo Arenas, como había sido el caso de su hermano Domingo, continuaba diciéndose adicto al gobierno de Carranza. Ello no le impedía tener numerosos enfrentamientos, tanto con particulares como con autoridades del propio estado, que se habían mostrado opuestos a sus ímpetus de justicia agraria. Además no era raro que algunos de sus jefes subalternos ejecutaran expropiaciones, por cuenta propia, y aun llegaran a manifestarse partidarios del movimiento zapatista. Entre los testimonios recogidos por Cuéllar Abaroa está un informe dirigido a la Secretaría de Gobernación, el 24 de enero de 1918, por el propio gobernador provisional Luis M. Hernández. Como en resumen describe éste lo que, a su juicio, era la actuación de las huestes que comandaba Cirilo Arenas:

Al recibir el gobierno de este estado, una mitad de él estaba gobernado por las autoridades militares de la División Arenas, despachando toda clase de asuntos en el Cuartel General de San Martín Texmelucan, del estado de Puebla.

Sabido es que el finado general Arenas, cuando operó como rebelde del gobierno, defendió como principio único el reparto de la tierra y así pidió al gobierno que las fincas que él hubiera repartido a los pueblos, quedaran con el carácter de posesiones provisionales, mientras la Comisión Nacional Agraria resolvía o se dictaban las leyes respectivas.

El gobierno de mi cargo ha procurado controlar todo el estado, ya que ésta es una de mis obligaciones y, al efecto, pidió y obtuvo del Ciudadano Presidente de la República, que las fuerzas nativas del estado salieran de él, incluyéndose en éstas las de la "División Arenas", pero sucedió que, al ir desocupando el estado estas últimas, multitud de individuos presentaron quejas contra ellas, por despojos y otra serie de delitos



LOS MANIFIESTOS EN NÁHUATL

ordenándose por mi parte, una averiguación, siendo el resultado siguiente:

La mayoría de los generales que forman la "División Arenas", faltando a sus compromisos, después de rendidos [en 1916], repartieron toda clase de propiedades, atacando a los amigos del Constitucionalismo como enemigos de ellos, despojándolos de sus pequeñas parcelas, y dándoselas a sus amigos, muchos de éstos, zapatistas no amnistiados...¹⁴

Añade en su informe el gobernador que, en ocasiones, los dichos generales de Cirilo Arenas procedían abusivamente en beneficio propio, adjudicándose buenas propiedades de tierras. La imperiosa necesidad de reprimir a quienes así procedían, había acarreado al gobierno antipatías y acusaciones, ya que los arenistas eran en general bien vistos por el pueblo. Proposición concreta del general Hernández era que se giraran órdenes desde México a Cirilo Arenas para que no se inmiscuyera más en cuestiones de carácter agrario, las que correspondían a otras dependencias del gobierno y que, además, se restringiera el campo de operaciones de la dicha División Arenas, de tal suerte que sus fuerzas en ningún caso estuvieran autorizadas para avanzar más allá de los límites del estado de Puebla puesto que, como se ha dicho, tenía su cuartel general en San Martín Texmelucan, dentro precisamente de ese estado.

Lo que se proponía no pudo en realidad lograrse. Cirilo Arenas y sus seguidores, sin romper todavía con Carranza, continuaron procediendo a su antojo. Bajo la bandera del agrarismo siguieron batallando contra toda suerte de adversarios, incluyendo a algunos que no eran sino las mismas autoridades del estado. Tal situación se prolongó por bastante tiempo.

El general Hernández iba a dejar su cargo a quien tanto empeño había tenido en ocuparlo por segunda vez, el ya mencionado general Máximo Rojas. Éste debía entrar en funciones a partir del 31 de mayo de 1918. Antes, sin embargo, de que tomara posesión, había ocurrido otro cambio bastante significativo. Desde la segunda mitad de abril de ese año, Cirilo Arenas y sus hombres operaban ya abiertamente en contra del gobierno. Proseguían con sus programas

14 "Informe del general Luis M. Hernández, gobernador provisional de Tlaxcala", 24 de enero de 1918, citado por Crisanto Cuéllar Abaroa, *La revolución en el estado de Tlaxcala*, t. II, p. 134-135.

de reivindicación agraria. Así, al nuevo gobierno correspondería ya hacer frente a la División Arenas, muchos de cuyos integrantes, campesinos mestizos e indígenas, comulgaban en los mismos ideales del zapatismo.

Felicitación por estar ya en pie de guerra contra Carranza e invitación a luchar, juntos de nuevo, con idénticos propósitos fueron los puntos centrales de los manifiestos que Emiliano Zapata dirigió a los “jefes, oficiales y soldados de la División Arenas” y a “los pueblos de su zona de operaciones”. Sabía él, de tiempo muy atrás, que en la tropa de la División y en esos pueblos había no pocos nativos hablantes de lengua náhuatl.

Para los oídos de Emiliano no podía ser raro el ritmo tan propio de ese idioma, que, de un modo o de otro, había escuchado hablar en tantos lugares de Morelos, en el sur del Distrito Federal, en pueblos como Milpa Alta, y en otros muchos sitios. Sabía Zapata que agradaba a quienes se expresaban en mexicano ver que se dirigían a ellos en su propia lengua. Un ejemplo de esto lo tenemos en el citado testimonio de doña Luz Jiménez.

Por eso, para mejor acercarse a cuantos hablaban náhuatl en la División Arenas, para decirles que su corazón se alegraba “porque acababan de sacudir aquella negra, mala vida, carrancista”, quiso él que los manifiestos circularan también en mexicano. En ellos, podrían expresarse, a la manera indígena, conceptos tales como el de rebelión, entendido, en cuanto “volver a otro el rostro”, el de patria “la tierra, madrecita nuestra”, el de unión revolucionaria, como “la unidad de corazones de quienes batallan”, y otros varios, entre ellos el de hacer rescate de las tierras, que debían quedar muy claros en la mente de esos tlaxcaltecas. Los dos manifiestos de Zapata en náhuatl, de fecha 27 de abril de 1918, fueron así el medio que propició un diálogo entre gentes interesadas por igual —a pesar de diferencias, enfrentamientos y aun muertes— en la misma defensa de los derechos de toda comunidad a su propia tierra.

El contenido de los manifiestos

Hagamos un breve análisis de lo que en ellos se expresó. Comencemos con el que va destinado a “vosotros, jefes, oficiales y soldados de la División Arenas”. Siete puntos o ideas centrales pueden distinguirse en él:

1. Sucedió lo ya esperado: “que os dividiríais de aquellos a quienes engendró Carranza”.
2. ¿Quiénes son los carrancistas? Individuos que engañan, envidiosos, que desconocen el trato humano.
3. “Volverles el rostro”, os honra.
4. Es necesaria la unión de zapatistas y los de la División Arenas.
5. Invitación a luchar juntos. Se ha olvidado ya la separación de los arenistas.
6. Combatir al malvado es “el gran trabajo que haremos ante nuestra madrecita la tierra”, la patria.
7. Así se logrará el gran mandato, los principios de tierra, libertad y justicia.

Se ruega la amplia difusión de este manifiesto.

El segundo manifiesto se dirige a “vosotros pueblos, de aquellos que están junto a la tierra donde se combatía al mando de Arenas”. Mayor número de puntos cabe aquí señalar:

1. Felicitación porque esos pueblos “acaban de sacudir aquella negra, mala vida carrancista”.
2. Saludo e invitación a luchar unidos. No acabará la lucha sino con el fin del “negro hombre que manda... Carranza... el que avergüenza a nuestra madrecita la tierra”, la patria.
3. El verdadero motivo de la revolución: “nosotros somos luchadores para que se dividan las tierras”.
4. Unidos, nos fortaleceremos mutuamente.
5. Carranza os tenía engañados.
6. Ahora que os habéis separado de él, hay que luchar unidos.
7. Reiteración del motivo de la lucha.
8. Hay falsos revolucionarios, aliados de los hacendados.
9. Los principios por los que luchamos.

Igual que en el otro manifiesto, también se ruega se haga circular éste.

Como podrá comprobarlo por sí mismo, quien compare las traducciones de los textos en náhuatl con las redacciones paralelas

que circularon también en castellano, en lo general la secuencia de ideas es bastante parecida en ambos documentos. Hay, sin embargo, también algunas notorias diferencias. En la redacción en náhuatl se emplean metáforas del todo ausentes en los escritos en castellano. Los manifiestos en lengua indígena son más extensos. Ello se debe a la necesidad, que sintió el nahuatlato que los puso en mexicano, de valerse de giros o circunlocuciones para expresar con viveza lo que se quería comunicar. Se incluyen también frases que podrían parecer repetitivas pero que en realidad iluminan una idea desde ángulos diversos.

En conjunto, a pesar del empleo de algunos *hispanismos* en el náhuatl —tales como la preposición *de*, la conjunción *ni*, el verbo *cumpliroa* y otros pocos más— puede decirse que estas proclamas dejan entrever que la persona que las puso en náhuatl conocía bien dicha lengua, como entonces se hablaba en muchos lugares de Tlaxcala y Puebla. En las notas que acompañan a la traducción que he preparado de estos manifiestos, se ofrecen pruebas de ello, con apoyo en la comparación del sentido de algunos vocablos empleados, y su significación en otros testimonios, en especial vocabularios, recogidos a fines del siglo xix en varias regiones de Tlaxcala.

Sabemos ahora que el intento de aproximación parafraseado en náhuatl, no alcanzó los resultados apetecidos. Los documentos, concebidos para propiciar el diálogo y la unión quedaron así al menos como testimonios de algo poco conocido: la expresión en lengua indígena de propósitos e ideales de la Revolución, aquí del movimiento agrarista de Zapata.

Lo que a la postre ocurrió

Tal vez por obra de resentimientos y nuevas intrigas —como las que fomentó el disidente zapatista Manuel Palafox— no plasmó el acercamiento entre Emiliano y Cirilo. Al menos es cierto que, por encima ya de odios o rencillas, hubo de hecho participación en los mismos ideales, entre aquellos tlaxcaltecas, muchos hablantes de náhuatl, enemigos de Carranza, y los seguidores de quien era Caudillo del Sur, el que había proclamado el Plan de Ayala. El tiempo inexorable traería muy pronto una carga de destinos nefastos que cerrarían con sangre este capítulo —el de la lucha agraria

iniciada en Morelos— quizás el más auténtico en la historia de la Revolución. Emiliano Zapata caía asesinado en Chinameca el 10 de abril de 1919. Menos de un año después, el 3 de marzo de 1920, era fusilado en la ciudad de Puebla, por soldados del gobierno, Cirilo Arenas.

Acerca de la captura de éste último, por agentes del gobierno, escribió el coronel Porfirio del Castillo:

Nada hacía presumir que Cirilo Arenas estuviese ya desmayado en su actitud, e ignoro cómo y por qué abandonó sus fuerzas..., pero se dijo que entró a Puebla para gestionar su rendición, y cometió la torpeza de acompañar a su novia, una noche, al cine Variedades, llevando como único disfraz unos anteojos negros, siendo aprehendido inmediatamente y puesto a disposición de las autoridades militares, las que recibieron orden de juzgarlo en Consejo de guerra extraordinario...

El Consejo de guerra extraordinario se verificó en la sala de sesiones del Congreso del estado: el reo se mantuvo impasible; el público llenó completamente el edificio y se manifestó favorable al acusado... Los jueces estuvieron inclementes y torpes. El actuario del Juzgado de Distrito logró entregar la notificación de suspensión de acto, pero alegando cualquier cosa, se continuó celebrándolo.

El público escuchó con ansiedad la sentencia de muerte y se retiró profundamente conmovido.

La madre de Cirilo Arenas lo acompañó en sus últimos momentos... y recogió... después sus restos mortales para trasladarlos a su pueblo de Zacatelco. En la estación... esperaba numeroso pueblo portando estandartes y banderas; recibió el cadáver de Cirilo y lo condujo en hombros hasta su última morada... Admirable el valor de esta madre de los Arenas, que ofreció a la Revolución la vida de sus tres hijos y que aún vive [se escribió esto hacia 1948], en la mayor pobreza, anciana y desconocida, percibiendo la escasa ayuda de \$1.50 diarios que le asignó el gobierno del estado de Tlaxcala.¹⁵

Como a propósito de Emiliano y de Domingo Arenas, también circularon algunos corridos poco después de la muerte de Cirilo, el jefe de la División Arenas, a la que se dirigió en náhuatl el de Anenecuilco. Un corrido, esta vez anónimo, que procede de Tlaxcala, dice:

15 Del Castillo, *op. cit.*, p. 265-266.

EL FUSILAMIENTO DE CIRILO ARENAS

en Puebla, el 4 de Marzo de 1920



Vuela, vuela, palomita,
vuela, si sabes volar
y anda avísale a mi madre
que me van a fusilar.

Así cantaba y decía
en Puebla Cirilo Arenas,
que a la muerte no temía
porque nos quita de penas

La palomita voló
y a la mamá fué a avisar
que en Zacatelco se hallaba
y a Puebla fué a regresar

Llegó la noche del tres
de Marzo del año velate
y a Cirilo lo encontró
preso y condenado a muerte.

Sus brazos echó al cuello
y con su pecho una corona
quiso hacer para su hijo
la teta de una gran teta.

La fuerza de la razón
detruso tan noble impulso
y le habló de confesión
con el ademán convulso.

Su pobrecita mamá
yó escena tan dolorosa
y al Hospital Militar
lo acompañó muy llorosa.

El Coronel del Castillo
y otros amigos muy leales
pidieron su cuerpo luego
para hacer sus funerales

Serían las tres de la tarde
cuando entregaron el cuerpo
y en un potente automóvil
fué llevado a Zacatelco.

Cirilo Arenas desahaba
co el pueblo en que nació
porque a su madre llorosa
insistente lo pidió.

Interpusieron Amparo
la noche del día tres
pero el Gobierno no pudo
y pereció en San José.

Llegó el Cara de Tepenca
que ofreció su ministerio,
pero Cirilo no quiso
dar ese paso tan serio.

Del Cuartel de San Francisco
fué llevado a San José
por el Capitán Garduño
que a la sentencia dió fe

De las dos hasta las cinco
recibió varias malvas,
encargándole a su madre
las enviara a sus amigas.

A las cinco fué sacado
para el fondo del cuartel
donde fué allí fusilado
ata el miedo conocer.

«Mi sangre doy por mi Patria»
dijo tranquilo al llegar,
ojalá acabe la guerra
y la paz llegue a triunfar»

Encargóle a los soldados
que su cara respetaran
pero fué inútil su ruego
pues torpes la destrozaron

Cirilo cayó en el suelo
con vida moviendo un brazo
y el Capitán E. Garduño
le dió el último balazo.

Triste fin el de este Jefe
que no se pudo salvar
pero sus cosas necesarias
para que llegue la paz

Ya murió Cirilo Arenas
que tanta gente mandó
y en armas contra el Gobierno
el final siempre perdió.

Busquen siempre en el trabajo
el logro de su ambición
que la guerra es un auto
que agota nuestra nación

El que en armas se levanta
sube, goza y se enriquece
mas su fortuna se atranca
y por fin siempre perece.

Ya terminó este corrido
con tristezas y con penas
perdonen al autor mal hecho
Recuerdo a Cirilo Arenas



Llegó la noche de tres de marzo del año veinte,
y a Cirilo lo encontró preso y sentenciado a muerte.
La palomita voló y a la madre fue a avisar,
que en Zacatelco se hallaba y a Puebla fue a regresar.
Sus brazos echó al cuello, con su pecho una coraza,
quiso hacer para su hijo la nieta de una gran raza.
A las cinco fue sacado por el fondo del cuartel
donde fue al fin fusilado sin el miedo conocer.
Encargó a los soldados, que su cara respetaran,
pero fue inútil su ruego, pues torpes, la destrozaron.
Su pobrecita mamá vio escena tan dolorosa
y al hospital militar lo acompañó muy llorosa...
Serían las tres de la tarde cuando enterraron el cuerpo
y en un potente automóvil fue llevado a Zacatelco...
Ya murió Cirilo Arenas que tanta gente mandó
y en armas contra el gobierno al final siempre perdió...¹⁶

La tristeza de este corrido —recuerdo de muerte y fracaso— tiene espontáneo eco en otro de procedencia bastante apartada, ya que fue compuesto en Guanajuato. Pone este último en entredicho los resultados, el posible fruto de tanta semilla perdida en tanta tierra regada con sangre. Los nombres de Zapata y Villa son los que aquí sobre todo se evocan.

¡Despierten ya mexicanos, los que no han podido ver,
que andan derramando sangre por subir a otro al poder...

Mira a mi patria querida, nomás cómo va quedando;
que esos hombres más valientes, todos los van traicionando.

¿Dónde está el jefe Zapata, que esa espada ya no brilla?
¿Dónde está el bravo del norte que era don Francisco Villa?

Pero, ¡qué iluso Madero!, cuando subió al poder,
a Pancho Villa y Zapata, los quiso desconocer.

Yo no he visto candidato que no sea convenenciero,

16 "Corrido de la muerte de Cirilo Arenas", texto comunicado por el profesor tlaxcalteca Angel Salas, incluido en Vicente T. Mendoza, *Lírica narrativa de México*, p. 174, 177.

cuando suben al poder, no conocen compañero.

Zapata le dijo a Villa: —ya perdimos el albur,
tú atacarás por el norte y yo atacaré por el sur.

Ya con ésta me despido, porque nosotros nos vamos,
aquí termina el corrido, ¡despierten ya mexicanos!¹⁷

Afán de lucha para que “ayudemos hacia nuestra unión y así logremos ese gran mandato, los principios de tierra, libertad y justicia...” —*ma timolehuica to zepamiampa ihuan ihcan tic tlanizque neca huey tlanahuatile ipehualoni tlale...*—, versión náhuatl de los ideales de Zapata, como los corridos, es palabra con raíz: “aunque nos vayamos”, quedará su verdad en las conciencias, en lengua de Castilla y náhuatl.

En este último idioma se conservan muchos de los primeros testimonios de la historia mexicana. Con estas proclamas de Emiliano el náhuatl vuelve a ser portador de antiguo y nuevo mensaje: y “propiedad nuestra será la tierra, propiedad de gentes, la que fue de los abuelos nuestros, la que dedos de patas de piedra que machacan nos han arrebatado...” ...*to huaxca yes in talticpactli, tehuaxca o yeya tocolhuatzitzihua, ihuan matexoxopilme tech quixtilihque...*

17 “¡Despierten ya mexicanos!”, *procede de Guanajuato*, incluido por Vicente T. Mendoza, *Lírica narrativa de México*, p. 157.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS